

Andrés Marcos Burriel: un pionero de reformas en investigación y enseñanza

Bernabé BARTOLOMÉ MARTÍNEZ

Departamento de Teoría e Historia de la Educación.
Universidad Complutense de Madrid

Tarea común a nuestros ilustrados, doctos y eruditos del siglo XVIII fue, con mayor o menor éxito, abrir la cultura española a todos los vientos cardinales en un esfuerzo por regenerar y airear envejecidos conocimientos y métodos inútiles. A Burriel hay que contarle entre ese número y atribuirle las mismas preocupaciones porque para él los fines de la reforma serán:

«... uno, el de honrar a la Nación entre los extranjeros con obras grandes de profunda sabiduría... el otro fin o respeto puede ser el de abrir los ojos de la Nación adormecida en estos cincuenta años pasados socorriendo la necesidad que tiene de libros que en nuestra lengua enseñen el verdadero método de estudios y de libros asimismo que sirvan para hacer estos estudios bien'...»

En este trabajo trataremos de analizar el pensamiento, sin previos pactos, y la actitud de entendimiento plural de Andrés Marcos Burriel desde cuatro perspectivas: su preparación intelectual, la libertad en el pensamiento, sus dispares relaciones científicas y los intentos de renovación cultural y metodológica.

FORMACION INTELECTUAL INTEGRADORA

Andrés Marcos Burriel, nacido en 8 de diciembre de 1719 en Buenache (Cuenca), era hijo del médico Miguel Burriel y de Ana López de Gonzalo. Por su condición de jesuita hubo de recorrer paso a paso el currículum de la Ratio Studiorum desde la gramática y retórica con el preceptor matritense Juan Lama y en el Colegio Imperial (1728), el noviciado en la calle ancha de San Bernardo (1731) y el Seminario de Letras Humanas de Villarejo de

Fuentes (1733), desde sus estudios de filosofía en Toledo (1734) y teología en Murcia (1739) hasta el encargo preceptuado de maestrillo de gramática en Toledo (1742). Y a pesar de que para Sarrailh:

«... los únicos colegios de algún valor son los de los jesuitas²...»

o de que el propio Burriel piense que en cuanto a cultura:

«...sin la Compañía de Jesús nada bueno se puede idear en España que tenga subsistencia³...»,

sin embargo, no hay un solo recuerdo positivo de eficacia pedagógica para sus años de formación ni la memoria agradable de alguno de sus maestros. Los métodos enfadosos de la latinidad, los manuales y disquisiciones escolásticas, la vulgaridad de profesores aparecen de continuo en velada y prudente crítica:

«... lo mismo digo a proporción de la filosofía: Aunque la del P. Tosca tenga sus faltas, es claro que tiene muchas preciosidades: pero ¿cuántos por acá por lo menos siquiera la lean? Ninguno. El curso burgúndico, la filosofía pollinguiana de Amort, el del P. Haller, el del P. Benedictis, el del Card. Tolomey y otros, ya que no sirven para que lo estudien los discípulos (porque introducir curso nuevo en una Universidad, Colegio o Religión es querer quitar la clava a Hércules) a lo menos pudieran en la cabeza de los maestros humedecer con noticias miles la estéril sequedad de tantas disputas y cuestiones levísimas sin fundamento; la noticia de los sistemas nuevos o renovados de Descartes, Gassendo y Leibnitz y otros tantos libros sueltos de observadores de física, experimentos, fenómenos, historia de animales, de plantas, minerales etc., cuánto podría fecundar a los maestros⁴...»

Para suplir tanta laguna en su cultura, desde su situación de profesor de filosofía en el Colegio Imperial (1745), de director supernumerario en el Seminario de Nobles de Madrid (1746) o de profesor de filosofía en el colegio jesuítico de Alcalá de Henares (1747), pasando por la campaña de investigación en los archivos de Toledo (1750) hasta su cátedra de teología en Toledo (1756) o Moral en el Imperial (1760): «toda su vida fue leer». A partir de las nuevas leyes de imprenta, la importación de libros extranjeros y la proliferación de librerías en la Corte, con los archivos de Toledo y de otros lugares a su disposición y una magnífica librería en casa:

«... porque en el Colegio Imperial hay la mayor y la mejor librería de esta Corte, fuera de la Real, y un archivo nada desfrutado de mil curiosidades⁵...»,

y contando con la asídua correspondencia erudita con Mayáns y Siscar, con los jesuitas Losada, Larramendi y Panell, con Juan Bautista Cabrera y Rocamora, el pavorde Agustín Sales de Valencia y los toledanos canónico Infantas o Francisco de Santiago, el equipamiento cultural enciclopédico en ciencias, autores y fuentes y la madurez como pedagogo, profesor e inves-

tigador, llegaron a ser poco comunes como se observa en la correspondencia de Mayáns, nada generoso en alabanzas:

«... siempre he tenido pocos amigos. El mayor ha sido el Pe. Andrés Marcos Burriel; porque he conocido muy bien su bondad inclinada a favorecer; su abundantísima doctrina comunicable a cualquiera, i la grandeza de sus ideas, superiores a la inteligencia de nuestra nación, que no ha sabido aprovecharse de tan gran varón⁶...»

LIBERTAD EN EL PENSAMIENTO

Ultimamente la moderna historiografía española está tomando conciencia sobre el influjo de los «novatores y preilustrados» del siglo XVII en el campo de la investigación científica, la filosofía y la historia en relación con el movimiento ilustrado español del siglo XVIII. El criticismo histórico y el rigor metodológico, ya presente en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, le llegará a Burriel por los caminos romanos de Nicolás Antonio, Saénz de Aguirre o por la influencia más directa del Marqués de Mondéjar en sus puntualizaciones históricas sobre la purificación de fuentes en relación con el P. Mariana, personaje polémico, pero tan próximo y querido para su compañero de religión.

Para perfeccionar el buen gusto, como ornamento de todo ilustrado, selecciona Burriel influencias italianas más que francesas según manifiesta a Mayáns:

«... Nada quiero decir de D. Antonio Muratori porque Vmd. no figure que soy mas delicado y sensible en orden a mis amigos y no guardo esta regla con otros... deseo seriamente leer sus obras especialmente su *Philosophia Moral* y los tratados de *Charitate Christiana*... aún mas que todo deseo ver la obrita sobre el buen gusto en las artes y ciencias⁷.»

Observa, con acierto, Miguel Batllori⁸ que muchos obispos ilustrados y parajansenistas españoles en el siglo XVIII, tratando de esquivar antiguas presiones y dependencias de Roma, defendieron con cierta servidumbre el regalismo y añade, en otra parte, que la expulsión de los jesuitas se debió fundamentalmente al voto de obediencia y defensa del papado, como consigna y línea constitucional de la congregación, por encima de la devoción a la realeza y al tema, no negociable para estos religiosos, de los colegios mayores y de la educación de la juventud en los colegios de gramática. Pero el jesuita Andrés Marcos Burriel, rechazando en este caso los viejos compromisos de familia religiosa y al servicio del confesor real P. Rávago y el ministro Carvajal, buscó con avidez documentos para demostrar una histórica independencia de la iglesia paleocristiana, visigótica y medieval española, respecto de la sede romana con el fin de reforzar las regalías hispánicas y

la pretensión del patronato con vistas al próximo concordato de 1735. Este dato no pasó inadvertido a Menéndez Pelayo:

«El P. Burriel comisionado por el ministro Carvajal recorría nuestros archivos y escudriñaba sobre todo el de Toledo en busca de documentos que confirmaran la pretensión del Patronato⁹...»,

y aunque Echánove Tuero pretende liberar a Burriel de su afinidad regalista y del contexto político de las investigaciones, constatamos cómo Simón Díaz corrobora este cambio de orientación en los trabajos de Burriel,

«pues se dedicó a ver otros archivos de Toledo y otros temas, coincide con el momento con el que, después de polémicas históricas y doctrinales, diplomáticas, menos sabias pero más eficaces, se firmaba el nuevo Concordato, uno de los más ventajosos obtenidos por nuestra política y la comisión de Burriel queda sin objeto¹⁰...»,

aceptando, como definitivo en este caso, el embargo de los trabajos realizados por la comisión, presidida por Burriel, de parte del ministro Ricardo Wall, aunque con el dolor de que en la requisa también se fueran trabajos particulares suyos.

Un claro espíritu de independencia y rebeldía intelectual llevaba a Burriel, hombre tímido y hasta escrupuloso, a sintonizar con autores tenidos como vitandos. De un escritor tan duro con los jesuitas como Melchor Cano decía:

«... la sabiduría de Melchor Cano fue incomparable y a su libro de *Locis Theologicis* confieso yo deber infinitas luces¹¹...»,

y de Arias Montano, el de los malos oficios contra los jesuitas ante Felipe II, decía con sinceridad:

«... para aficionarme a Arias Montano no he de hacer diligencia alguna porque le soy aficionado muchos años ha¹²...»

La autenticidad y el espíritu crítico y combativo del catedrático salmantino Pedro de Osma, que pone en tela de juicio la infalibilidad del Papa o la doctrina de las indulgencias, por lo que fue duramente procesado con final retractación, despertaba el interés¹³ del joven jesuita, que le valdría este duro juicio de Menéndez Pelayo:

«... de todas maneras siempre es temeridad insigne en el P. Burriel decir que Pedro de Osma, acaso discípulo del abulense, pagó por todos los atrevidos, siendo así que los de Pedro de Osma no fueron atrevimientos sino formales herejías de que siempre estuvo libre el Tostado¹⁴...»,

Hombres intransigentes como Cisneros o Nebrija o el propio Mayáns le atraían fuertemente. Entre sus hermanos de religión sentía especial aprecio

por las originalidades del P. Mariana y admiración por el perseguido P. Juan Bautista Poza con el que compartía sus reticencias a la autoridad aristotélica:

«Aegre tamen sustineo ut sola unius hominis auctoritate in rebus philosophicis, medicis et theologicis opprimere nos velint oppositae sententiae auctores etiam ubi solidioris rationis adversantur¹⁵...».

y simpatía por el P. Losada, afín a él en el tiempo y en la preocupación intelectual desde Salamanca¹⁶.

Curioso intelectual, asumía Burriel e integraba polimórficas corrientes de pensamiento que procedían de distintas áreas culturales europeas en busca de una erudición plural y consistente. «Las Memoires de Travaux» en la que Burriel ocupaba un lugar por recomendación de Larramendi al director P. Berthier:

«...y además creo que lograré que V. R. tenga en España un corresponsal de las prendas que desea del jesuita que aún no tiene treinta años¹⁷...».

eran para éste la fuente de información cultural sobre los logros intelectuales en Europa. Estudió con interés a los investigadores metodólogos Hardouin, Fleuri, Mabillon y Rollin; a pedagogos como el italiano Tomassi y los portugueses Prouna o Verney «el Barbadiño»; a humanistas como los franceses Giraudeau o Jouvanci y al alemán Albert Fabricio o el bohemio Pontano; a los viejos filósofos Descartes, Gassendo, Leibnitz y a los nuevos Amort o Losada; a los preceptistas Boileau, Muratori e Ignacio Luzán; a clasicistas como Posevino, Petavio o de la Cerda; a los canonistas Labbé, Sirmona y Sáenz de Aguirre o a juristas Grocio, Heinecio y el propio Finestres; a historiadores y cronólogos como los Bolandos, el discutido Papebrochio, Calmet y el viejo Riccioli; a bibliógrafos como Nicolas Antonio y, en fin, a naturalistas y científicos como Wolf, Linneo y nuestros Jorge Juan y Terreros Pando¹⁸.

No es un despropósito puntualizar aquí que las bases culturales de Burriel tienen, casi en exclusividad, unas raíces y orientación cristianas, en parte lógicamente por convicción personal, pero también porque aún no había llegado a Europa la nueva concepción científica racionalista, pragmática y secularizada de la Enciclopedia o Ilustración francesa como respuesta alternante sobre la interpretación del hombre, la vida y la trascendencia.

Como muestra definitiva de la independiente actitud de Burriel señalamos el reparto de sus preferencias y admiración entre los dos grandes mentores del pensamiento ilustrado español: Feijoo como portavoz de una reforma europeizante mirando al pueblo y Mayáns-su destinatario de tantas cartas-como defensor de una erudición crítica de raíces hispánicas y para selectos¹⁹.

De cualquier modo, y en favor suyo, no podemos menos de afirmar que en la búsqueda y auscultación, casi nerviosa, de la verdad científica y en la

armonización de la razón y la fe llegó con riesgo y premeditación hasta el mojón lindero de lo prohibido.

RELACIONES Y AMISTADES

En el reparto de amistades o confianzas sólo encontró limitaciones Burriel en la mediocridad de la cultura o en la falta de generosidad en las ambiciones. El no dejaba de confesar:

«... los deseos que me estimulan... son el buscar por todos los medios la sabiduría y de promover en mí y en otros la erudición sólida y profunda, la cultura y el buen gusto en las ciencias, la crítica prudente y arreglada y en fin el cultivo de la buena literatura²⁰...»

La relación epistolar, abundante y larga, con Mayáns y Siscar, a quien no conoció Burriel personalmente, unas veces a modo de consultorio científico o de puente cultural, otras de correponsalía de informaciones y noticias o agencia de negocios menudos personales para el de Oliva, superó, por humildad y altura, la indudable animadversión de don Gregorio hacia los jesuitas, que, aunque Echánove pretende haber sido exagerada por Ignasi Casanovas²¹, sin embargo hemos visto confirmada con motivo de la polémica posesión de las cátedras de gramática por parte de los jesuitas en la Universidad de Valencia²².

Buscó la rehabilitación científica ante Mayáns del benedictino Martín Sarmiento y del agustino Enrique Flórez a quien prologó el tomo 3.º de la España Sagrada. La comunicación fue agradecida para el canónigo doctoral de Toledo Infantas por su decisión y constante meditación en solucionar innumerables problemas en relación con la utilización de los archivos catedralicios; tierna, para el genial Francisco de Santiago y Palomares; eficaz, con el equipo de investigación Pedro de Castro, Juan de Amaya, Velázquez de Velasco, Juan de Santander y Pérez Bayer para quien, con desinterés y constancia, buscaba una prebenda pingüe en Granada o Sevilla; entusiasta, con Antonio Martínez de Quesada valioso pero ignorado bibliotecario de Alcalá de Henares; respetuosa, en fin, en su polémica con el científico Jorge Juan y fraternal con el jesuita biólogo Esteban Terreros.

No esquivó Andrés Marcos Burriel una relación abierta con los ministros reales Carvajal y Ensenada, con los altos eclesiásticos P. Altamirano y P. Rávago, confesor del rey, o con influyentes personalidades como D. Zenón o Blas Nasarre quienes, entre la servidumbre y gratificante, mecenazgo le proporcionaban la oportunidad de demostrar, además de la hipótesis histórica para la que había sido comisionado, su esperanzado hispanismo ya que sabía por Bethier:

«... que si las letras y las artes pasan una vez a España muy presto los españoles haremos ventaja en todo a todas las naciones²³...»,

y la mejor ocasión para cumplir lo que había sido la pasión de su vida:

«... pero ¿cuántos son los que quieren sacudir el polvo de los rincones de las librerías y leer y releer sin cesar con el tesón que es necesario para este práctico discernimiento²⁴?»

Abona en favor de la limpieza de intenciones de Burriel con los altos cargos de la administración la exquisita corrección, respetuoso trato y absoluto desinterés en lo que no fuera el tema de sus investigaciones y, más tristemente, la fulminante desaparición de escena pública del infatigable investigador y proyectista ante las altas instancias del poder político y ante sus propios superiores de religión, cuando aún tenía treinta y cinco años.

Las relaciones de Andrés Marcos Burriel con estos superiores religiosos y con sus compañeros de ropa fueron siempre de obediencia y colaboración. De su firme adhesión al espíritu constitucional ignaciano arrancaba la energía y tenacidad con que se sobreponía a su enfermiza salud en la carga diaria del trabajo sin ninguna concesión personal ni exclusión de cualquier oficio según escribía una vez más Mayáns:

«... acabo de bajar del púlpito, de explicar doctrina; hoy ha habido dos ajusticiados a que asistí, mañana salgo a hacer con unos misioneros misión en Arganda²⁵...»

A pesar de esto nunca pudo ocultar sus constantes simpatías por sus hermanos de religión que él llamaba con eufemismo «dificiles» y entre los antiguos recordaba en varias ocasiones a Mariana, Gracián y Juan Bautista Poza y entre sus contemporáneos Francisco de Isla o Luis Losada y por la fuerza de su conciencia crítica no dejó de manifestar sus divergencias y aportar ideas de reforma frente al inmovilismo «de viejos» en quienes trataba de influir, bien que en algunas ocasiones con poco éxito como en el caso del P. Cassani cofundador de la Real Academia Española de la Lengua, de quien decía con cierto desánimo:

«... sobre Hugo Grocio haré lo que pueda, pero el viejo es muy duro de desimpresionar. Yo no apruebo muchas cosas. Todo lo conozco y lo que le debo no me ciega pero es menester callar porque de otro modo se perdiera mucho mas²⁶...»

RENOVACION DE PLANES Y METODOS

En un siglo de reformas y cambios como era el siglo XVIII, desde todas las instancias políticas, económicas y culturales surgían inquietudes comunes: arbitrista, proyectismo o planificación. Tenía Burriel, como hom-

bre de largos años en la docencia y en la investigación, una sería preocupación por el método didáctico porque:

«...ninguno en España (verbo absit invidia) habrá tomado con tanto ahinco y tesón como yo la enseñanza, ninguno con más deseo que los muchachos saliesen como Vmd. y yo queremos que fuesen los españoles²⁷... con método pueden emprenderse mil cosas a un tiempo, sin método después de mil trabajos ni con una salen aún los mas excelentes ingenios²⁸...»

Pero las ambiciones de reforma en Burriel eran más amplias y más profundas ya que maduraba un nuevo método, pero en el sentido que esta palabra tenía en el siglo XVIII con la connotación más extendida de plan de estudios o sistematización científica de los conocimientos. La única persona que en la empresa podría ayudarle sería el confesor real P. Rávago porque:

«... la razón principal es, dejando otras políticas, porque el gusto de las letras, circulando como sangre por todo el cuerpo de la república, aunque por los artejos más despreciables, suavizará la ferocidad y áspera dureza de la Nación que aún hoy está bien pujante²⁹...»

El proyecto titulado «Los apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras» había sido escrito en 1749 y previamente presentado a Mayáns y tal vez a Ensenada y Carvajal. Viene a ser una ambiciosa estructuración sistemática e integradora con sus propios métodos de todos los conocimientos y ciencias. Pensaba Burriel que la reforma podría llevarse al mismo tiempo por tres estamentos como serían algunas órdenes religiosas de común, algún grupo de seglares formado por hombres cultos y los propios jesuitas. Refiriéndose a la parte que a él y a su congregación pudiera corresponderle, señalaba la necesidad de establecer en el Colegio Imperial una Junta Académica. La estructuración abarca dos grandes áreas como serían las Ciencias Eclesiásticas: biblia, oficio mozárabe, misales y breviarios, concilios y constituciones sinodales, patrística e historiografía religiosa etc., y Ciencias Profanas: arqueología, historia natural y de Indias, heráldica, numismática, catálogos bibliográficos y diccionarios, ciencias naturales, matemáticas y físicas junto con los conocimientos auxiliares de la filosofía y lenguas castellanas, clásicas y orientales al servicio de la teología, el derecho y la medicina.

Todavía existe en esta estratificación de los conocimientos la tradicional bipolaridad de los saberes en sagrados y profanos, pero, de alguna manera, este planteamiento es puramente formal como puede observarse en la lectura de los «Apuntamientos». Ciertamente que ni siquiera atisba o presume una verdadera teoría de sistemas ni las actuales técnicas sobre interdisciplinariedad, pero sí deja entrever una necesidad de coordinación, integración y complementariedad de las distintas áreas del conocimiento. Decididamente defendió la crítica histórica de descarga de elementos extraños la

hagiografía española, se dedicó con afán a la purgación de fuentes y de textos, exigió el rigor científico en la investigación, abogó por las ciencias y técnicas de experimentación y, sobre todo, puso seriedad, paciencia y una confiada esperanza de acabar, por medio de la cultura y el trabajo, con la pereza intelectual de los españoles.

NOTAS

¹ *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras*. Nota: Al no poder consultar directamente este manuscrito en España, citamos la versión impresa de Alfonso Echánove Tuero en su obra *La Preparación intelectual del P. Andrés Marcos Burriel, S. J. (1731-1750)*. CSIC, Madrid.

² SARRAILH, J. (1979): *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, p. 195.

³ *Apuntamientos...*, o. c., fol. 4, v.

⁴ Carta de Burriel a Mayáns. Buenache, 2 de mayo de 1745: Biblioteca-Archivo Hispano. Mayansiano, I. c., fol. 55.

⁵ *Apuntamientos...*, o. c., fol. 6.

⁶ Carta de Mayáns a Antonio Burriel, Oliva, 6 de julio de 1972: BAHM. Cartas de Mayáns, t. 6, 5 pp.

⁷ Carta a Mayáns. Buenache, 2 de mayo de 1745... I. c.

⁸ BATLLORI, M. (1985): Notas sobre la Iglesia en el siglo de la Ilustración. *Historia 16*, n.º Extra sobre la Ilustración, pp. 105-112.

⁹ MENENDEZ PELAYO, M. (1956): *Historia de los Heterodoxos Españoles*, vol. II. BAC, Madrid, p. 434.

¹⁰ SIMON, J. (1949): «Un erudito español: El P. Andrés Marcos Burriel». *Revista Bibliográfica y Documental*, 3, 1-53.

¹¹ Carta a Mayáns. Buenache, 2 de mayo de 1745. I. c.

¹² Carta a Mayáns. Buenache, 15 de agosto de 1745. BAHM, n. 178, fol. 102.

¹³ BARTOLOME, B. (1980): «Pedro de Osma, Las Regalías Hispánicas y el P. Andrés Marcos Burriel», en *Homenaje en el V Centenario de su Muerte. Pedro Martínez de Osma*. CSIC (CES), Soria, pp. 139-162.

¹⁴ MENENDEZ PELAYO, M., o. c.

¹⁵ POZA, J. B.: *Elucidarium Deiparae*. Lugduni. MDCIIVIII., p. 490.

¹⁶ CORTINA, J. L. (1981): *El siglo XVIII en la Preilustración salmantina*. CSIC, Madrid.

¹⁷ FITA, F. (1880): *Galería de Jesuitas Ilustres*. Madrid, p. 247.

¹⁸ ECHANOVE, A., o. c., pp. 139-183.

¹⁹ MAESTRE, A. (1985): «Los Orígenes de la Ilustración. *Historia 16*, n.º Extra sobre la Ilustración. pp. 62-68.

²⁰ Carta de Burriel a Mayáns. Buenache, 8 de noviembre de 1744. BAHM, n.º 178, p. 4.

²¹ ECHANOVE, A.: o. c., p. 21.

²² BARTOLOME, B. (1982): «Las cátedras de gramática de los jesuitas en las Universidades de Aragón». *Rev. Hispania Sacra*, XXXIV, 389-448.

²³ *Apuntamientos*, o. c., p. 41.

²⁴ *Apuntamientos*, o. c., p. 55.

²⁵ Carta a Mayáns. 26 de marzo de 1746. BAHM, n.º 178.

²⁶ Carta a Mayáns. Madrid, 11 de diciembre de 1945. CP, I. c., fol. 126, ss.

²⁷ Carta a Mayáns. Buenache, 2 de mayo de 1745. BAHM, n.º 1781, p. 54 y ss.

²⁸ *Apuntamientos*, o. c., p. 50 v.

²⁹ *Apuntamientos*, o. c., p. 56.

RESUMEN

Andrés Marcos Burriel fue un gran pedagogo y un notable investigador. Su formación pedagógica fue básicamente europea. Puede decirse que en el campo experimental los hallazgos de la investigación se establecen como la mejor perspectiva metodológica y modelos científicos en el movimiento de la Ilustración en España.

SUMMARY

Andrés Marcos Burriel was a great educator and a magnificent investigator. His educational training came above all from the Europe. It is possible to establish that an experimental aspect the findings of the research is introduced as best methodological perspective and scientific models on the movement in Spanish's Illustration.